

— Pregunta mi nombre... ¿no es verdad?

— Justamente. Y yo me he olvidado de preguntá-roslo.

— Anunciad al barón José Bálsamo, dijo el viajero; la semejanza de títulos desarmará tal vez á tu amo.

La Brie le anunció, un poco alentado con el título que acababa de ponerse el desconocido.

— Entonces bien, refunfuñó la voz; que entre, puesto que lo quiere... entrad, caballero, si os agrada... por aquí... bien... por aquí...

El extranjero se adelantó con paso rápido, pero al llegar al primer peldaño de la escalinata tuvo la curiosidad de ver si le seguía Gilberto.

Gilberto había desaparecido.

## IV

## El barón de Taverney

Aunque prevenido por Gilberto de la penuria del barón de Taverney, el que acababa de hacerse anunciar bajo el nombre del barón José Bálsamo, no por eso quedó menos admirado de la medianía de la morada, enfáticamente bautizada por Gilberto con el nombre de castillo.

No tenía la casa más que un piso formando un cuadrilongo, á cuyos extremos se elevaban dos pabellones cuadrados á manera de torrecillas. Este conjunto irregular no carecía con todo de cierta belleza pintoresca visto á la pálida luz de una luna que se deslizaba por entre las nubes quebradas por el huracán. Seis ventanas bajas, dos en cada torrecilla, es decir, una en cada piso; una escalerita bastante larga, pero cuyos dislocados escalones formaban pequeños precipicios en cada juntura: tal fué el conjunto que se ofreció al recién llegado antes de subir hasta el umbral, donde, como hemos dicho, esperaba el barón puesto de bata y con una palmatoria en la mano.

El barón de Taverney era un viejecito de 60 á 65 años, de mirada viva, pero fugaz, y despejada frente; llevaba una mala peluca, á cuyos bucles habían devorado las bujías de la chimenea poco á poco y accidentalmente lo que habían perdonado las ratas del armario.

Tenia en la mano una servilleta de problemática blanca, lo que indicaba que había sido perturbado al ir á sentarse á la mesa.

Su figura maliciosa, en que se hubiera podido encontrar alguna semejanza con la de Voltaire, se animaba en este momento con una doble expresión fácil de comprender; pues si bien la política exigía que sonriese á su huésped, la impaciencia cambiaba esta disposición en un gesto decididamente atrabiliario y ceñudo, de suerte que, iluminada la fisonomía del barón de Taverny por la trémula luz de la bujía, cuyas sombras dibujaban sus principales facciones, podía bien pasar por la de un caballero muy feo.

— Caballero, dijo, ¿ puedo saber á qué dichoso acontecimiento debo el placer de veros ?

— ¡ Oh ! señor mío, á la tempestad que ha espantado los caballos, los cuales, desbocándose, han estado á punto de romper mi carruaje. Hallábame allí, en medio del camino, sin postillones; pues el uno había caído del caballo, y el otro se había salvado con el suyo, cuando un joven, á quien he encontrado, me ha indicado el camino que conduce á vuestro castillo, tranquilizándome respecto á vuestra muy reconocida hospitalidad.

El barón levantó su bujía para iluminar mayor trecho, y para ver si en él descubría al malvado que le proporcionaba la dicha de que hablaba poco antes.

También el viajero miró á su alrededor para cerciorarse de si su joven guía se había efectivamente ido.

— ¡ Y sabéis, caballero, cómo se llama el que os ha indicado mi castillo ? preguntó el barón de Taverny como quien desea saber á quién ha de expresar su agradecimiento.

— Es un joven que creo se llama Gilberto.

— ¡ Ya ! ¡ ya ! Gilberto ; no hubiera creído que fuera

bueno ni aun para eso. ¡ Ah ! es el haragán, el filósofo Gilberto !

Por este flujo de epítetos pronunciados de un modo amenazante, comprendió el forastero que mediaba poca simpatía entre el señor y su vasallo.

— En fin, dijo el barón, después de un momento de silencio no menos expresivo que sus palabras, tened la bondad de entrar.

— Permitidme antes, caballero, le dijo el viajero, que haga encerrar mi carruaje, que contiene objetos muy preciosos.

— ¡ La Brie ! gritó el barón, ¡ La Brie ! conducid el carruaje del señor barón bajo el cobertizo ; allí estará un poco más á cubierto que en medio del patio, puesto que aun quedan algunos sitios con techado ; en cuanto á los caballos, es otra cosa : no os respondo de que encontrarán que comer, pero como no son vuestros sino del maestro de postas, os debe ser indiferente.

— Con todo, caballero, si os molesto demasiado, como empiezo á creerlo....

— ¡ Oh ! no es eso, caballero, interrumpió políticamente el barón, vos no me molestáis, solo vos, os lo prevengo, seréis el molestado.

— Creed, caballero, que siempre estaré agradecido.

— ¡ Oh ! yo no me hago ilusiones, caballero, dijo el barón levantando nuevamente la bujía para extender el círculo de luz por el lado en que José Bálsamo, ayudado de La Brie, conducía su carruaje, y esforzando la voz á medida que su huésped se alejaba. ¡ Oh ! yo no me hago ilusiones. Taverny es una morada muy triste y sobre todo muy pobre.

El viajero estaba sobrado ocupado para responder, y buscaba, según le había dicho el barón, el sitio menos desmantelado del cobertizo, para abrigar en él su carruaje. Cuando lo estuvo, ó poco menos, deslizó

un luis en la mano de La Brie y volvió junto al barón.

— No quiera Dios que yo piense de vuestro castillo el mal que vos decís de él, caballero, le respondió Bál-samo inclinándose ante el barón, quien, como por única prueba de que le había dicho la verdad, le condujo, sacudiendo la cabeza, al través de una larga y húmeda antecámara, y murmurando entre dientes:

— Bueno, bueno, bien sé lo que me digo; conozco desgraciadamente mis recursos, que son muy limitados. Si vos sois francés, señor barón, pero vuestro acento italiano me indica que no lo sois, aunque vuestro nombre italiano... Pero esto no hace al caso; si sois francés, el nombre de Taverney habrá despertado en vos recuerdos de lujo: en otro tiempo se decía Taverney el rico.

Bál-samo creyó que esta frase iba á concluir en un suspiro; pero no hubo tal.

— Filosofía, se dijo para sí.

— Por aquí, señor barón, por aquí, continuó el barón abriendo la puerta del comedor. Hola, señor La Brie, servidnos como si vos solo fueseis cien criados.

La Brie se precipitó para servir á su amo.

— No tengo más que este lacayo, dijo Taverney, y me sirve bien mal: pero no puedo tener otro. Este imbécil hace que está conmigo cerca de veinte años sin haber tomado un cuarto de su salario, y yo le mantengo... poco más ó menos como él me sirve... ¡ Es estúpido, ya veréis!

Bál-samo proseguía el curso de sus observaciones.

— ¡ Sin corazón! dijo; pero acaso esto no es más que afectación.

El barón volvió á cerrar la puerta del comedor, y solo entonces, gracias á la bujía que alzaba por cima de su cabeza, pudo el viajero abrazar la habitación en toda su extensión. Era una gran sala baja, que había

sido en otro tiempo la pieza principal de una pequeña quinta elevada por su propietario al rango de castillo, y estaba tan escasamente amueblada, que á primera vista parecía vacía. Unas sillas de paja con respaldo tallado, grabados de las batallas de Lebrun en marcos de madera barnizada de negro, un armario de encina ennegrecido por el humo y los años; tal era todo su adorno. En medio se elevaba una pequeña mesa redonda, en que humeaba un solo plato, compuesto de perdigones y coles. El vino estaba contenido en una botella de barro de ancha cabida. La vajilla, usada, ennegrecida y abollada, se componía de tres cubiertos, de un cubilete y de un salero. Esta última pieza, de un trabajo exquisito y de gran peso, parecía un diamante de precio en medio de guijarros sin valor ni brillo.

— Vedlo, caballero, vedlo, le dijo el barón ofreciendo una silla á su huésped, cuya mirada investigadora había seguido. ¡ Ah! vuestra mirada se detiene en mi salero; lo admiráis, y esto es cortés y de buen gusto, pues reparáis en la única cosa presentable: caballero, os doy gracias con todo mi corazón; pero no, me engaño. Tengo otra cosa más preciosa, á fe mía, y es mi hija.

— ¡ La señorita Andrea? dijo Bál-samo.

— Si, á fe mía, la señorita Andrea, dijo el barón maravillado de que su huésped estuviese tan bien instruido, y os quiero presentar á ella. ¡ Andrea! ¡ Andrea! ven, hija mía, no tengas miedo.

— Yo no tengo miedo, padre mío, respondió con una voz dulce y sonora á la vez una alta y hermosa joven, presentándose á la puerta sin embarazo ni atrevimiento.

José Bál-samo, aunque muy dueño de sí mismo, como ha podido notarse, no pudo menos de inclinarse ante esta soberana belleza.

En efecto, Andrea de Taverney, que acababa de presentarse, como para dorar y enriquecer cuanto la rodeaba, tenía el cabello castaño claro, que lo era más hacia las sienes y el cuello; los ojos negros, brillantes, rasgados, miraban fijamente como los de las águilas. Con todo, la suavidad de su mirada era indecible; su boca formaba un caprichoso arco de coral húmedo y brillante; unas manos admirablemente blancas, afiladas, y de dibujo antiguo, se unían á unos brazos deslumbradores por su forma y color; su talle, á la vez flexible y firme, la asemejaba á una hermosa estatua pagana, á la que un prodigio hubiese dado la vida; su pie, cuya curva habría sido notable aun al lado del de Diana la cazadora, parecía no poder llevar el peso de su cuerpo sino por un milagro de equilibrio; el traje, en fin, aunque de la mayor sencillez, era de un gusto tan perfecto y tan acomodado al conjunto de su persona, que acaso habría parecido á primera vista menos elegante y rico un traje completo sacado del guarda-ropa de una reina.

Todos estos maravillosos detalles sorprendieron á Bálamo á la primera ojeada; y todo lo había visto y notado desde el momento en que la señorita de Taverney se presentó á la puerta del comedor hasta el en que la saludó; por su parte el barón no había perdido una sola de las inspiraciones producidas en su huésped por aquel inapreciable conjunto de perfecciones.

— Razón tenéis, dijo en voz bajo Bálamo, volviéndose al barón: esta señorita es de una belleza superior.

— No aduléis demasiado á esta pobre Andrea, caballero, dijo negligentemente el barón; pues sale de un convento y creería vuestras lisonjas. Y no es porque yo tema su presunción; al contrario, mi querida niña no es bastante coqueta, caballero, y como buen

padre procuro desarrollar en ella esa cualidad que constituye la principal fuerza de la mujer.

Andrea bajó los ojos ruborizada, sin poder hacer otra cosa al oír la singular explicación de su padre, no obstante toda la buena voluntad con que la escuchaba.

— ¿Le decían eso á la señorita cuando estaba en el convento? preguntó riendo José Bálamo al barón, ¿y era ese precepto parte de la enseñanza que daban las religiosas?

— Caballero, dijo el barón, yo tengo, como habéis podido notar, mis ideas particulares.

Bálamo se inclinó en señal de asentimiento á esta pretensión del barón.

— No, continuó, no quiero imitar á esos padres que dicen á su hija: sé gazmoña, inflexible, ciega, embriagate de delicadeza y desinterés. ¡Imbéciles! Parécenme padrinos conduciendo á su campeón á la liza, después de haberle desarmado completamente, para combatir con otro armado de pies á cabeza. ¡No por Dios! no sucederá así á mi hija Andrea, aunque criada en Taverney, en un tabuco de provincia.

De acuerdo con el barón sobre la denominación dada á su castillo, Bálamo creyó sin embargo deber significar por señas una política contradicción.

— Bien, bien, continuó el viejo, respondiendo al juego de fisonomía de Bálamo, dígoos que conozco á Taverney, y sea como quiera, y por más alejados que estemos de ese sol resplandeciente que llaman Versalles, mi hija conocerá el mundo que yo he conocido en otro tiempo; ella entrará allí, si esto llega á suceder, con un arsenal completo que le forjo ayudado de mi experiencia y mis recuerdos... pero, caballero, os confieso que el convento lo ha echado todo á perder... ¡Ah, hija!... estas cosas sólo me suceden á mí: mi

hija es la primera pensionista que ha tomado buena enseñanza y seguido la letra del Evangelio. ¡Por Dios! convenid, barón, en que esto es tener desgracia.

— Esta señorita es un ángel, respondió Bálamo, y en verdad, caballero, que no me sorprende lo que me decís.

Andrea saludó al barón en señal de gratitud y simpatía, y en seguida tomó asiento, como le ordenaba su padre con la vista.

— Sentaos, barón, dijo Taverney, y comed si tenéis gana. Es un horrible guisado hecho por ese animal de La Brie.

— ¡Perdigones! ¿Y llamáis á esto horrible guisado? dijo sonriendo el huésped del barón. Calumniáis vuestra mesa. ¡Perdigones en mayo! ¿Son de vuestras tierras?

— ¡Mis tierras! Ha mucho tiempo que todas las que tenía, y cuidado que mis padres me dejaron una buena porción, están vendidas, comidas y digeridas. ¡Ah, Dios mío! gracias al cielo, no tengo ni una pulgada de tierra, no. Es ese holgazán de Gilberto, que no sirve para nada más que para leer y meditar y que en sus ratos perdidos habrá robado, no sé dónde, una escopeta, pólvora y munición, el que va á cazar furtivamente esos volátiles en las tierras de mis vecinos. Con esto irá á galeras, y ciertamente le dejaré ir, porque esto me desembarazaré de él. Mas Andrea gusta de la caza, y por mi hija perdono al señor Gilberto.

Bálamo examinó el hermoso rostro de Andrea, y no descubrió en él ni una señal de sobresalto, ni la menor sombra de alteración.

Sentóse á la mesa, y la joven le sirvió, sin parecer embarazada en lo mas mínimo por la penuria de las viandas, su porción de aquel plato provisto por Gil-

berto, guisado por La Brie, y que tanto despreciaba el barón.

Durante este tiempo, el pobre La Brie, que no perdía una palabra de los elogios que Bálamo le hacía, y también á Gilberto, presentaba los platos con un semblante contrito, que se convertía en triunfante á cada elogio que el barón tributaba á sus condimentos.

— ¡No le ha puesto sal á su maldito guisado! dijo el barón después de haber devorado dos alas de perdigón que su hija había colocado en su plato sobre una buena capa de coles. Andrea, alargad el salero al señor barón.

— ¡Ah! ¿os sorprendéis también admirando mi salero? dijo Taverney.

— Esta vez os engaños, caballero, respondió Bálamo; es la mano de esta señorita lo que admiraba.

— ¡Ah! ¡perfectamente! ¡Es precisamente la de Richelieu! Mas ya que lo tenéis en la mano, barón, examinad ese famoso salero; fué encargado por el Regente á Lucas el platero. Son amores de sátiros y de bacantes; esto es un poco libre, pero es muy lindo.

Bálamo notó entonces que el grupo de figurillas, trabajo primoroso y encantador, era no sólo libre sino obsceno, lo cual le hizo admirar la calma é indiferencia de Andrea, que por orden de su padre le había presentado el salero sin abochornarse.

Y como si el barón se hubiese propuesto deslustrar el barniz de inocencia que, á manera del vestido virginal de que habla la Escritura, cubría totalmente á su hija, continuó detallando todas las bellezas de su alhaja, á pesar de los esfuerzos de Bálamo para variar la conversación.

— Comed, barón, dijo Taverney, porque ya os advierto que no hay más que este plato. Acaso os figuráis que va á venir el asado y los entremeses; pero

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

desengañaos, porque llevaríais un horrible chasco.

— Perdonad, caballero, dijo Andrea con su frialdad habitual; pero si Nicole me ha comprendido, debe estar preparando un plato cuya receta le he enseñado.

— ¡ La receta ! ; Habéis enseñado la receta de un plato á Nicole Legay, á vuestra doncella ! ; vuestra doncella guisando ! ; Guisaban acaso para el rey la duquesa de Chateauroux ó la marquesa de Pompadour ? Al contrario ; el rey era el que les hacía á ellas tortillas... ; Válgame Dios ! ; Que vea yo en mi casa guisar á las mujeres !... Barón, os suplico dispenséis á mi hija.

— Pero, padre mío, preciso es comer, dijo tranquilamente Andrea.

— Veamos, Legay, añadió alzando la voz, ¿ está eso ?

— Sí, señorita ; respondió la joven, trayendo un plato que olía del modo más apetitoso.

— Sé muy bien quién no comerá de ese plato, dijo Taverney furioso quebrando el suyo.

— Este caballero comerá quizás, dijo friamente Andrea.

Volviéndose en seguida á su padre :

— Bien sabéis, señor, que no os quedan más que diez y siete platos de este servicio que me dejó mi madre.

Y dicho esto, trinchó la humeante torta que Nicole Legay, la linda doncella, acababa de colocar sobre la mesa.

## V

## Andrea de Taverney

El espíritu de observación de José Bálsamo encontraba ancho campo en cada detalle de aquella existencia aislada y extraña, perdida en un rincón de la Lorena.

El salero solo revelaba gran parte del carácter del barón de Taverney, ó más bien lo daba á conocer bajo todos aspectos.

Valiéndose también de su más delicada penetración, estudió los rasgos de la fisonomía de Andrea, mientras que ella abollaba con el puño del cuchillo las figuras de plata de unos candeleros, que parecían escapados de una de esas cenas nocturnas del Regente, y cuyas bujías estaba Canillac encargado de apagar. Fuera curiosidad, fuera inspirado por otro sentimiento, Bálsamo consideraba á Andrea con tal perseverancia, que dos ó tres veces, en menos de dos minutos, se encontraron sus miradas con las de la joven. Al principio, aquella pura y casta doncella resistió sin confusión tan singular mirada ; pero al fin tomó tal fijeza cuando el barón deshacía con el recazo del cuchillo la obra maestra de Nicole, que una impaciencia febril, que le arrebató la sangre hacia las mejillas, comenzó á apoderarse de ella. Pronto sintiendo la turbación que le inspiraba esta mirada sobrehumana, quiso desa-